

Luis Salazar, *Sobre las ruinas. Política, democracia y socialismo*, México, Cal y Arena, 1993, 218 p.

José Patricio Lugo Espinosa

S*obre las ruinas. Política, democracia y socialismo*, de Luis Salazar, es una recopilación sobre una serie de artículos que giran en torno a la necesidad de redimensionar la política moderna, partiendo de la revaloración de los planteamientos socialistas. A lo largo de la edición se percibe una visión crítica de las estructuras políticas a que ha dado lugar tanto el capitalismo como el llamado "socialismo real". En este sentido, es importante destacar una versión objetiva en torno a la situación actual del socialismo, apartada del dogmatismo tradicional de los autores de izquierda.

Sobre las ruinas es un libro que contempla tres objetivos básicos: primero, la profundización en la crítica de la concepción revolucionaria de la política como base teórico-ideológica de buena parte de las limitaciones y fracasos de la política en diversas corrientes de izquierda. En segundo término, pretende precisar lo que sería una concepción democrática y mo-

derna de la política, es decir, elaborar una idea de la racionalidad democrática factible y deseable. Por último, pretende revalorar una ideología socialista secularizada, "un socialismo factible".

La primera parte del texto responde a reflexiones sobre la doctrina marxista y la política moderna. Para tal efecto, el autor reconoce las limitaciones de K. Marx al proponer formas "reales" de organización social, mientras que la capacidad adaptativa del capitalismo ha hecho posible su supervivencia ante las exigencias que presuponen las nuevas dimensiones de la sociedad civil; relaciones que ya no se pueden catalogar en la síntesis proletariado *versus* burguesía. Sin embargo, señala que el capitalismo y su modernidad no pueden ofrecer un desarrollo social igualitario y equilibrado, en la medida en que ha reducido la política a una cuestión electorera y se ha retirado del uso y análisis de lo que es la filosofía política. En este sentido, los llamados "socialis-

mos reales” han pecado de lo mismo en aras de sostener una aparente verdad derivada del historicismo, lo que llevó a estados autoritarios y totalitarios. Una verdad que prevé la emancipación del género humano, pero que en la práctica ha conducido a una “jaula de hierro” en la que la eficiencia, productividad y calculabilidad se encuentran en relación inversa a la libertad, espontaneidad e iniciativa de los individuos.

En un segundo nivel de reflexión, Salazar se ubica en la necesidad de reestructurar el pensamiento tradicional del marxismo. Para ello, reconoce las aportaciones de M. Foucault en cuanto a las relaciones de poder que existen entre la sociedad civil y el Estado; relaciones de poder que no pueden ser sostenidas bajo una visión de lucha de clases. Lo anterior deriva en el hecho ineludible de que ya no es posible insistir en una política basada en la sola crítica negativa del orden social vigente, en la pura denuncia de sus “contradicciones”, antagonismos y desigualdades. Ya no es posible mantener una política negativa, contestataria, que promete imposibles utopías: una sociedad que sea el reino transparente de la libertad, sin contradicciones y hasta sin escasez. Los mismos actores sociales han dejado de creer en las ideas de una ilusoria igualdad; ideas que tuvieron gran acogida en otros tiempos, sobre todo en los países de mayor pobreza y los que están en vías de desarrollo. Hoy día las expectativas de la población en todas partes del orbe han sobrepasado la banda de una lucha constante de clases y han surgido grupos que

luchan por reivindicaciones de valores y derechos que nada tienen que ver con dicha dinámica.

La propuesta de redimensionar el pensamiento clásico de Marx, insiste Salazar, no conlleva a la renuncia del socialismo ni como ideología ni como práctica política; pero sí supone reconocer que una política socialista moderna, actualizada, tiene que ir, en la teoría y en la práctica, mucho más allá de Marx, y ser capaz de proponer alternativas deseables y factibles, es decir, funcionales para la vida social y los problemas del presente. Esto exige un proyecto socialista renovado y propositivo que incorpore a la democracia como forma efectiva de la política moderna.

En este sentido, el desencuentro socialismo-democracia debe ser revalorado como en su tiempo lo planteara Gramsci, quien asume la importancia de que la “revolución social” triunfe y se conceda por un proceso de convicción dentro de las diversas capas y estructuras sociales, y no por la determinación de un partido. No se trata pues, de la imposición en aras de un “supuesto” beneficio social global, se trata de la formación de una conciencia colectiva que conduzca a la formación de una sociedad más justa, igualitaria y equilibrada, sin reprimir las capacidades individuales. En otras palabras, se debe partir del individuo y no de la colectividad; asimismo, se hace imprescindible optar por una definición del socialismo, no como una totalidad sino considerando las estructuras sociales de cada sociedad.

Los artículos finales de *Sobre las ruinas* hacen alusión a lo que sería

un modelo de socialismo moderno como alternativa a los procesos de modernización. Para ello, parte de la idea de que con excepción de estructuras políticas como la china y la cubana, los sistemas políticos de la mayor parte del orbe reconocen en la democracia la vía más adecuada para alcanzar la modernidad. El consumismo exacerbado, sin embargo, reitera que las estructuras capitalistas de desarrollo, si bien conservan al individuo como el principal motor para el progreso, han impedido un verdadero desarrollo de la sociedad en su conjunto, que ha derivado en un egocentrismo del individuo que le impide alcanzar una conciencia social; se ha elaborado y ha prevalecido lo que se conoce como la democracia liberal, cuyo sustento fundamental es alcanzar la legalidad y legitimidad a través de procesos electorales, lo que ha convertido a la política en un espectáculo sin contenido.

En este marco, un individualismo socialista podría entonces reivindicar el carácter social de las capacidades aparentemente individuales, no con el objeto de subsumir la iniciativa de los particulares bajo formas burocráticas, sino con el deseo de rearticularla bajo modalidades solidarias, cooperativas y socialmente responsables. De la misma manera, es necesario poner en relieve las condi-

ciones económicas, sociales y culturales que hacen posible el ejercicio efectivo de los derechos individuales, que lejos de ser naturales son el resultado de esfuerzos históricos colectivos. Una izquierda democrática debe ser capaz de ir más allá del consumismo economicista.

Salazar concluye señalando que en la medida en que la izquierda logre retomar estos preceptos y preocupaciones, podrá presentar un nuevo proyecto y suplir la idea actual de un socialismo fracasado. También señala que dicha tarea se vuelve más imperativa y al mismo tiempo más difícil, en sociedades como la nuestra que han estado al margen de lo que es una verdadera democracia y que han mantenido sistemas políticos cuasi-totalitarios.

La obra de Salazar resulta interesante en la medida en que plantea problemas a los que se enfrenta una de las teorías predominantes en el presente siglo, resaltando que sus postulados no se han muerto, sino que es necesario que sean replanteados. El autor realiza un buen ensayo analítico con una buena dosis de pragmatismo, que se deja ver, sobre todo, en sus últimos artículos. Sin embargo, el desarrollo es una cascada de ideas que dejan abierta la posibilidad para definir mecanismos concretos, a fin de alcanzar lo que en el texto se propone.